Mensaje tres

Cristo como Hijo del Hombre anda en medio de los candeleros de oro

Lectura bíblica: Ap. 1:9—2:1

I. A fin de ver la visión de Cristo como Hijo del Hombre que anda en medio de los candeleros de oro debemos ser los mensajeros del Señor que vencen, aquellos que estamos en nuestro espíritu sobre el terreno de la iglesia como copartícipes en la tribulación, en el reino y en la perseverancia en Jesús—Ap. 1:9-13, 20:

A. La práctica de la vida de iglesia en los primeros días era la práctica de tener una sola iglesia en una ciudad, una ciudad con una sola iglesia; en ninguna ciudad había más de una sola iglesia—Hch. 8:1; 13:1; Ap. 1:11.

B. Hay cuatro características respecto a reunirnos sobre el terreno genuino de la unidad, el lugar que Dios ha escogido—cfr. Dt. 12:5:

1. Primero, el pueblo de Dios debería ser siempre uno; no debería haber divisiones entre ellos—Sal. 133; Jn. 17:11, 21-23; 1 Co. 1:10; Ef. 4:3.
2. Segundo, el único nombre en el cual el pueblo de Dios debería reunirse es el nombre del Señor Jesucristo, nombre cuya realidad es el Espíritu; ser designados con cualquier otro nombre equivale a ser una denominación, estar divididos; esto es fornicación espiritual—Mt. 18:20; 1 Co. 1:12-13; 12:3b.
3. Tercero, en el Nuevo Testamento la habitación de Dios, Su morada, está localizada específicamente en nuestro espíritu, o sea, en nuestro espíritu mezclado, nuestro espíritu humano que ha sido regenerado por el Espíritu divino y está habitado por Él; al reunirnos para adorar a Dios debemos ejercitar nuestro espíritu y hacerlo todo en el espíritu—Jn. 3:6b; Ro. 8:16; 2 Ti. 4:22; Ef. 2:22; Jn. 4:24; Ap. 1:10; 1 Co. 14:15.
4. Cuarto, en nuestra adoración a Dios debemos aplicar de manera genuina la cruz de Cristo, representada por el altar (Dt. 12:5-6, 27), al rechazar la carne, el yo y la vida natural y al adorar a Dios con Cristo y solamente Cristo (Mt. 16:24; Gá. 2:20).

C. Somos copartícipes en la tribulación en Jesús:

1. *En Jesús* significa que sufrimos y somos perseguidos mientras seguimos a Jesús el nazareno por el Espíritu de Jesús que mora en nosotros, el Espíritu de un hombre con abundante fortaleza para sufrir—Hch. 16:6-7.

Mensaje tres (continuación)

2. Mientras sufrimos hoy en día, el Señor Jesús sufre en nosotros y con nosotros—9:4-5; He. 13:13.
3. Entramos en el reino mediante muchas tribulaciones—Hch. 14:22.
4. Por el poder de Su resurrección somos capacitados para participar en Sus sufrimientos y llevar una vida crucificada en conformidad con Su muerte—Fil. 3:10; Col. 1:24; Cnt. 2:8-9, 14.
5. No deberíamos amar la vida de nuestra alma, hasta la muerte, y deberíamos poner nuestras vidas por los hermanos—Ap. 12:11; 1 Jn. 3:16.

D. Somos copartícipes en el reino en Jesús:
1. El reino es la vida de iglesia, en la cual los creyentes fieles viven para su crecimiento en vida y su transformación en vida—Mt. 16:18-19; Ro. 14:17; 1 Co. 3:7; 2 Co. 3:18.
2. A fin de practicar la vida del reino necesitamos seguir la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón puro invocan al Señor—2 Ti. 2:22.
3. A fin de practicar la vida del reino necesitamos atender a los hermanos que pecan para poder recobrarlos—Mt. 18:15-22; 1 Jn. 5:16.

E. Somos copartícipes en la perseverancia en Jesús:
1. Debemos resistir las tácticas desgastadoras de Satanás—Dn. 7:25.
2. Al permanecer en Cristo, guardamos la palabra de Su perseverancia y tenemos la perseverancia necesaria para soportar los sufrimientos y la oposición—Ap. 3:10.
3. Podemos perseverar con la perseverancia de Cristo que hemos disfrutado y experimentado—2 Ts. 3:5.

II. Cristo como Hijo del Hombre es el Sumo Sacerdote, "vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro" (Ap. 1:13), a fin de cuidar con ternura a las iglesias en Su humanidad y nutrirlas en Su divinidad:

A. El Hijo del Hombre está en Su humanidad, el cinto de oro representa Su divinidad y el pecho es una señal de amor:
1. Cristo estaba ceñido por los lomos, fortalecido para la obra divina (Éx. 28:4; Dn. 10:5) a fin de producir las iglesias, pero ahora Él está ceñido por el pecho, cuidando de las iglesias que Él ha producido por Su amor.

Mensaje tres (continuación)

2. El cinto de oro representa la divinidad de Cristo como Su energía divina, y el pecho significa que esta energía de oro es ejercida y motivada por Su amor y con Su amor a fin de nutrir a las iglesias.

B. Cristo se ocupa de las iglesias en Su humanidad como Hijo del Hombre para cuidarlas con ternura—Ap. 1:13a:
   1. Él arregla las lámparas de los candeleros para hacer que estén en una condición apropiada, cuidándonos con ternura a fin de que podamos estar felices, agradables y cómodos—Éx. 30:7; cfr. Sal. 42:5, 11:
      a. La presencia del Señor provee una atmósfera de ternura y calidez a fin de cuidar con ternura nuestro ser, dándonos descanso, consuelo, sanidad, purificación y aliento.
      b. Podemos disfrutar la atmósfera de cuidado tierno propia de la presencia del Señor en la iglesia a fin de recibir el nutritivo suministro de vida—Ef. 5:29; cfr. 1 Ti. 4:6; Ef. 4:11.
   2. Él despabila las lámparas del candelero, cercenando todas las cosas negativas que impiden que resplandezcamos—Éx. 25:38:
      a. La sección carbonizada del pábilo, la pavesa, representa aquellas cosas que no son conforme al propósito de Dios y necesitan ser cercenadas, tales como nuestra carne, nuestro hombre natural, nuestro yo y nuestra vieja creación.
      b. Él despabila quitando todas las diferencias que hay entre las iglesias (las malas acciones, las carencias, los fracasos y los defectos) a fin de que puedan ser iguales en esencia, apariencia y expresión—cfr. 1 Co. 1:10; 2 Co. 12:18; Fil. 2:2.

C. Cristo se ocupa de las iglesias en Su divinidad con Su amor divino, representado por el cinto de oro que ciñe Su pecho, para nutrir a las iglesias—Ap. 1:13b:
   1. Él nos nutre consigo mismo como Cristo todo-inclusivo en Su ministerio completo de tres etapas a fin de que podamos crecer y madurar en la vida divina para ser Sus vencedores que realizan Su economía eterna.
   2. Como Cristo que anda, Él llega a conocer la condición de cada iglesia, y como Espíritu que habla, Él despabila los candeleros y los llena de aceite fresco, el suministro del Espíritu—2:1, 7.
   3. A fin de participar en Su mover y disfrutar Su cuidado debemos estar en las iglesias.

Mensaje tres (continuación)

III. La antigüedad celestial del Señor es representada por el hecho de que Su cabeza y Sus cabellos son blancos como blanca lana, como nieve—1:14a; Dn. 7:9; Job 15:10; cfr. Cnt. 5:11.

IV. Los siete ojos del Señor son como llama de fuego para mirar, observar, escudriñar, juzgar alumbrando e infundir—Ap. 1:14b; 5:6; Dn. 10:6:

A. Los ojos de Cristo tienen por finalidad el mover y la operación que Dios lleva a cabo en la tierra, puesto que el número siete designa compleción en el mover de Dios.

B. El hecho de que los ojos del Señor sean como llama de fuego principalmente tiene por finalidad Su juicio—7:9-10; Ap. 2:18; 19:11-12.

V. Los pies del Señor son semejantes al bronce reluciente, fundido en un horno, lo cual significa que Su andar perfecto y brillante lo califica para ejercer el juicio divino—1:15a; Ez. 1:7; Dn. 10:6.

VI. La voz del Señor es como estruendo de muchas aguas (Ap. 1:15; cfr. 14:2), lo cual es un estruendo ensordecedor, el estruendo de la voz del Dios todopoderoso (Ez. 1:24; 43:2) en cuanto a su seriedad y solemnidad (cfr. Ap. 10:3).

VII. Cristo es Aquel que sostiene a los mensajeros brillantes de las iglesias—1:16a, 20:

A. Los mensajeros son las personas espirituales en las iglesias, los que llevan la responsabilidad del testimonio de Jesús.

B. Los mensajeros, quienes poseen la naturaleza celestial y están en una posición celestial como estrellas, son aquellos que tienen un mensaje fresco de parte del Señor para Su pueblo—2:1a.

C. Debido a que los que llevan la delantera están en Su diestra, no es necesario que retrocedan; Cristo verdaderamente lleva la responsabilidad de Su testimonio.

VIII. De la boca de Cristo sale una espada aguda de dos filos, la cual es Su palabra que discierne, juzga y aniquila para darles fin a las personas y cosas negativas—1:16b; He. 4:12; Ef. 6:17.

Mensaje tres (continuación)

IX. El rostro de Cristo es como el sol cuando resplandece en su fuerza (Dn. 10:6) para la iluminación que juzga a fin de introducir el reino (Ap. 1:16c; 10:1; Mt. 17:2; cfr. Mal. 4:2; Jue. 5:31; Mt. 13:43).

X. Cristo es el Primero y el Último, lo cual nos asegura que Él jamás dejará Su obra inconclusa, y es el Viviente para que las iglesias, como expresión de Su Cuerpo, sean vivientes, frescas y fuertes—Ap. 1:17-18a.

XI. Cristo tiene las llaves de la muerte y del Hades—v. 18b:

A. La muerte es la que recoge y el Hades es el que guarda, pero Cristo anuló la muerte en la cruz y venció el Hades en Su resurrección—2 Ti. 1:10; Hch. 2:24.

B. Siempre y cuando le demos al Señor el terreno, la oportunidad y la manera de moverse y actuar entre nosotros al ejercitarnos para negarnos al yo, tomar la cruz y perder nuestra vida del alma, la muerte y el Hades estarán bajo Su control—Mt. 16:18, 21-26.

© 2025 Living Stream Ministry